



García Márquez a la edad de un año (1928). Fotografía del archivo familiar de Margarita Márquez. Cortesía Agencia EFE/Random House Mondadori.

Gabo y yo: algunas reflexiones sobre la experiencia de haber escrito una biografía de Gabriel García Márquez

GERALD MARTIN

INTRODUCCIÓN

DEDIQUÉ casi dos décadas de mi vida a preparar y escribir la biografía de Gabriel García Márquez. Fue la experiencia más dura, más extenuante y más angustiosa de mi vida y al mismo tiempo la más obsesiva, la más aventurera y la más divertida. Fue algo así como vivir no solo dos veces –su vida y la mía–, sino diez veces (entrevisté a casi cuatrocientas personas, todas ellas interesantes cuando no fascinantes, y visité docenas de países y muchísimas ciudades). Gabo me dijo alguna vez –con ese mamagallismo ambivalente que lo caracteriza– que si escribiera sobre mis experiencias de detective inglés el libro sería más interesante que su biografía. No es verdad, obviamente, pero me halagó ese reconocimiento de la peripecia que he vivido.

Por otra parte, toda obra biográfica es un reto. Como género es peligrosísimo y cada biógrafo pasa, de manera inevitable, por una serie de etapas –¿laberinto, odisea, estaciones de la cruz, camino de perfección?– difíciles y muchas veces dolorosas. Las que siguen son algunas reflexiones –ni siquiera un resumen– sobre las dificultades y las satisfacciones de la empresa –las “cuestiones”– y algunas anécdotas o “escenas” especialmente sintomáticas o ejemplares.

Reino Unido. Ocupa la cátedra emérita Andrew W. Mellon de Lenguas Modernas en la Universidad de Pittsburgh y ha sido profesor de Estudios caribeños en la Universidad Metropolitana de Londres. Ha visitado todos los países de América Latina y ha escrito extensamente sobre el continente. Durante veinticinco años fue el único miembro angloparlante de los Archivos de la Literatura Latinoamericana de París (auspiciado por la Universidad de París y la Unesco), ha presidido el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en los Estados Unidos. Entre sus publicaciones destaca *Journeys Through the Labyrinth: Latin American Fiction in the Twentieth Century* (1989), uno de los más exhaustivos trabajos históricos sobre la narrativa latinoamericana y la monumental edición crítica (1981) y traducción (1975) de *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias. Desde 1990, Gerald Martin se dedicó a estudiar la vida y la obra de Gabriel García Márquez y en 2009 publicó la biografía *Gabriel García Márquez. Una vida*.



Gabriel Eligio García y Luisa Santiaga Márquez Iguarán, padres del escritor en Barranquilla, después de recibir la noticia del otorgamiento del Premio Nobel, 27 de octubre de 1982.
Cortesía Agencia EFE /yv.

Cuando era estudiante del Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá. Bogotá, c 1948.
Cortesía Fundación La Cueva.



Yo soy profesor y escritor. Soy un hombre con una dosis saludable –espero– de independencia, autonomía, orgullo y autorrespeto. Nunca fue mi ambición ser subordinado de nadie ni “biógrafo” de otro hombre y, de hecho, para defenderme y justificarme (¿ante mí mismo?), siempre digo que lo que me interesa no es tanto aproximarme a personas célebres y poderosas, sino estudiar la relación entre los grandes escritores (latinoamericanos), sus respectivos países y su continente.

Tampoco soy hipócrita (espero). Ya lo dije: haber estado en contacto con uno de los escritores más importantes –y uno de los hombres más fascinantes– de América Latina, y del mundo, durante casi veinte años ha sido un privilegio extraordinario que me ha dado mil experiencias maravillosas e inolvidables. Investigar y escribir una biografía es, quizá, el trabajo más comprometedor y agotador que se pueda imaginar dentro de las diferentes empresas académicas y/o intelectuales. Y escribir la de Gabriel García Márquez ha sido, creo yo, especialmente arduo –aunque en este caso las compensaciones también han sido múltiples y consoladoras, pues, como digo al final del prólogo a mi libro sobre Gabriel García Márquez,

Un sinfín de hastiados biógrafos mucho más ilustres han llegado a la conclusión de que el tiempo y el esfuerzo invertidos en la tarea no merecen la pena, y que sólo los insensatos y los ilusos acometen una empresa como ésta, acaso impulsados por la posibilidad de entrar en íntima comunión e identificarse con los grandes, los justos o, simplemente, los famosos. Tal vez me haya visto tentado de dar mi conformidad a esta conclusión; pero si alguna vez hubo un asunto al que mereciera la pena dedicar una cuarta parte de la propia vida, sin duda sería la extraordinaria trayectoria vital y profesional de Gabriel García Márquez. [Martin, 2009, pág. 25]

CUESTIONES

Un biógrafo de García Márquez –Gabo– tiene que explicarse y explicar a los demás cómo es posible que un hombre nacido en Aracataca en 1927 haya logrado escribir de tal manera que pueda llegar a lectores en todo el planeta y cómo un hombre tan complejo y tan aparentemente tímido haya logrado manejar su fama y sobrevivir dentro de ese pozo de pirañas que es la celebridad a fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI donde tantos otros han sido comidos vivos. Hasta Chaplin, mi compatriota, Charlie, Charlot, con quien veo tantos paralelismos, fue infinitamente menos ágil en el manejo de su celebridad que Gabo.

Luisa Santiaga Márquez Iguarán,
madre de Gabriel García Márquez.
Fotografía de Hernán Díaz.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

En Barranquilla, la familia de
García Márquez recibe con alegría
la noticia del Premio Nobel,
27 de octubre de 1982.
Cortesía Agencia EFE /yv.



En el ámbito de la literatura, solo Hugo, Dickens o Twain pueden compararse con él; es un fenómeno de la cultura, sí; pero también es un fenómeno de la naturaleza.

Ante semejante productor de hipérboles, el biógrafo se siente, inevitablemente, disminuido. El peligro es que también se sienta resentido y enajenado. En cambio, si el sujeto célebre le trata bien al biógrafo, si se siente halagado por su contacto con la magia del renombre, existe el peligro contrario: que en vez de escribir una biografía crítica, en el sentido intelectual de la palabra, produzca una hagiografía, la vida de un santo o un héroe.

La biografía es especialmente problemática desde el punto de vista ético y epistemológico. El gran Sigmund Freud le dijo en una carta a Arnold Zweig en 1936: “El que escribe una biografía está dedicado a las mentiras, los encubrimientos, la hipocresía y los peores halagos, e incluso a esconder su propia falta de entendimiento, porque la verdad biográfica no existe, y si existiera sería totalmente inutilizable”. Cuando empecé a pensar cómo iba a escribir esta breve crónica, dos investigadores ficcionales protagonistas de obras literarias me vinieron en mente. La primera sería el protagonista de la novela de Balzac, *La búsqueda del absoluto*: Balthazar Claes, un hombre de ciencia, busca en forma obsesiva las verdades absolutas, ignora a su esposa, sus hijos y su propia salud, y muere en el momento en que descubre el secreto de la vida. El libro es doblemente relevante porque fue la novela que Miguel Ángel Asturias, otro Nobel de literatura a quien también estudié, acusó a García Márquez de haber plagiado durante una famosa polémica en 1971. La segunda obra sería *Doctor Jekyll y mister Hyde*, de Stevenson, en que la búsqueda del conocimiento emprendido por otro científico lo divide en dos y descubre su lado más oscuro y peligroso, lo cual le excita muchísimo y le conduce de manera inevitable a los peores desastres y la muerte. Es posible que ambas historias hayan penetrado los recintos más profundos de mi inconsciente. En la primera, el protagonista es un personaje tragicómico, aunque más cómico que trágico; en la segunda, el protagonista es un malo, un anti-héroe. Ambos recuerdan, de algún modo, la figura del biógrafo. Sin embargo, las versiones más dramáticas e incluso espeluznantes de la relación

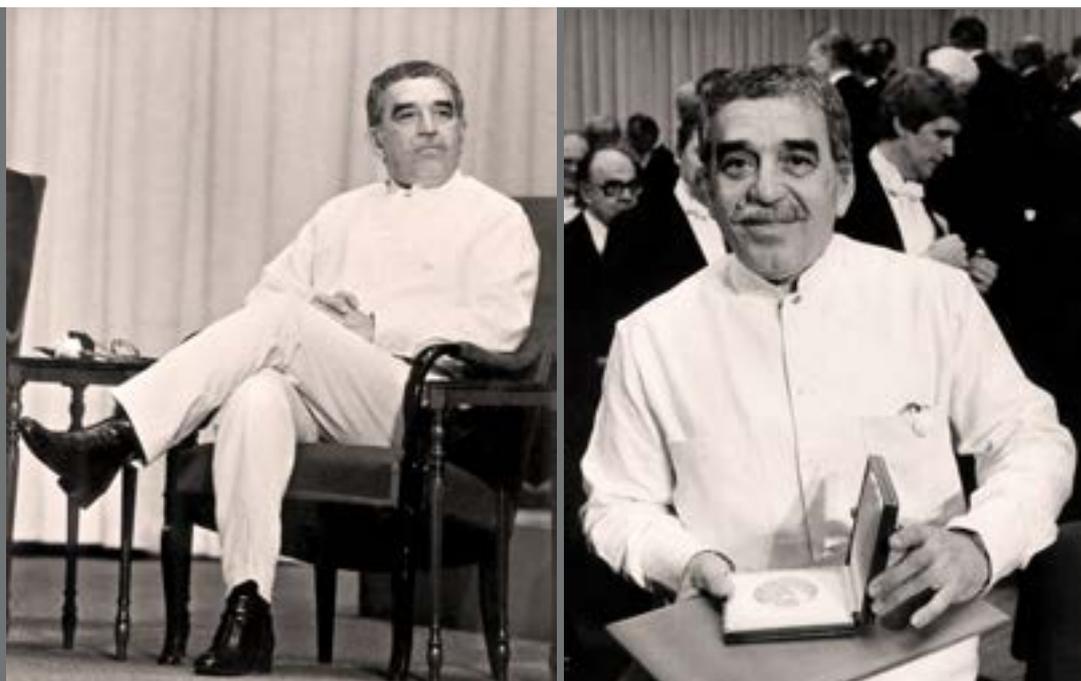


El 10 de diciembre de 1982 Gabriel García Márquez recibió el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo. El nobel vistió un liquilique caribeño para recibir la condecoración de manos del rey Carlos Gustavo de Suecia. Cortesía Agencia EFE/JAN COLLSIÖ/EFE/EFEVISUAL.

entre biógrafo y biografiado serían *Los papeles de Aspern* de Henry James y *El perseguidor* de Julio Cortázar, ambos con biógrafos cínicos e indecentes.

Gabriel García Márquez, un hombre práctico, siempre ha hablado mal de los esquemas y de las teorizaciones estériles; por eso los estudiosos no somos, en general, su *cup of tea*. Piensa, con Nietzsche, que en la vida hay muchos oficios válidos o incluso envidiables –artista, filósofo, político, periodista, etc.–, pero ser crítico literario –por ejemplo– no es el más admirable; dichos críticos serían parte de la fauna de sangre fría y aguada, pusilánime y parasítica. Dijo Nietzsche: “En comparación con un genio, es decir, con un ente que engendra o da a luz (en el sentido más amplio de estos conceptos), el estudioso, el hombre de ciencia mediano, siempre tiene algo de la beata, de la vieja soltera, en su carácter, pues, como ella, no ha conocido las dos funciones más importantes y valiosas de la humanidad”. Es más: “El estudioso ostenta las enfermedades y malcrianza de las especies más ignobles: está lleno de envidias mezquinas y atiende única y vorazmente a los elementos más sórdidos de aquellas naturalezas superiores a las que jamás podría aspirar. Es una persona que a veces se deja ir pero nunca se deja fluir”.

Cualquier obra biográfica implica el enjuiciamiento de otro ser humano, de manera normal el enjuiciamiento de un ser superior por un ser inferior. (Huelga decir que escribir la biografía de una persona que aún vive y trabaja es doble, triplemente problemático). Jean-Paul Sartre, iniciando su extraordinaria biografía de Flaubert, *El idiota de la familia*, anunció: “Ahora tenemos que empezar. ¿Cómo y con qué métodos? No importa mucho. Un cadáver está expuesto a todo el que llega”. Y Boswell, el decano de los biógrafos británicos, dijo que su –y lo cito– “Gran Monumento Biográfico” del doctor Johnson sería “una Pirámide Egipcia en la cual habrá una momia completa del Dr. Johnson, nuestro Monarca Literario”. Mis lectores muy bien pueden preguntarse entonces si, como el Marco Antonio de Shakespeare con César, vine a tratar de “enterrar a García Márquez, no a ensalzarlo”. La pregunta es doblemente irónica porque, como todos saben, la mayoría de las novelas de García Márquez comienzan y/o terminan con un entierro y la idea de ser enterrado vivo está entre sus más grandes terrores.





Las biografías, pues, son cosa de vida o muerte. Cuando yo visité por primera vez a García Márquez me dijo, “Pero ¿por qué quieres escribir mi biografía? Las biografías significan la muerte”. Y tenía razón: cada biografía es un obituario extendido. (Dijo Carlyle que “las biografías bien escritas son más escasas que las vidas bien llevadas”). Pero éticamente lo que más me aterró, porque tiene toda la razón, fue leer la sentencia de Edmund Wilson en la época en que empezaba la fase final de la composición de mi trabajo: “El biógrafo no sólo tiene que escoger y colocar cada detalle de su retrato sino calcular el tono de cada frase”. Es decir, cada línea, cada palabra, le recuerda al biógrafo su enorme responsabilidad.

Para subrayar las ironías del caso, y la imposibilidad de terminar, recuerdo una escena en que estoy sentado en la casa de Luisa Santiaga Márquez de García, la madre del escritor, hace veinte años, después de haberme reunido con toda la familia García Márquez allí en Cartagena. Gabo, triunfal y vengativo, me dice, con satisfacción teatral pero también verdadera: “Muy bien, ahora que conoces a mi familia, ahora que estás entrando en las realidades laberínticas de Colombia, me siento mucho mejor, porque sé, con absoluta certeza [Gabo siempre fue muy categórico en sus afirmaciones], que nunca, nunca vas a terminar esta biografía”. Me susurraron sus amigos que Gabo pensaba en la posibilidad, si no tuviera cosas mejores que hacer, de una novela sobre un inglés pedante y pedestre, cuya vida y visión del mundo, con sus prioridades mezquinas y mediocres, serían puestas patas arriba por su contacto con la realidad exótica, apasionada y visceral del trópico colombiano.

Estuve dieciséis años investigando la biografía. Había superado ya los dos mil folios y seis mil notas al pie cuando al fin me di cuenta de que tal vez nunca llegara a terminar el proyecto. La obra eventualmente publicada es, por tanto,

En el paseo de Las Ramblas de Barcelona,
11 de febrero de 1970.
Cortesía Agencia EFE/yv.



Gabriel García Márquez con su esposa Mercedes Barcha, su hijo Gonzalo García y su sobrina. Bogotá, c. 1990.
Fotografía de Hernán Díaz.
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

la versión abreviada de una biografía mucho más extensa, casi terminada, que tengo la intención de publicar dentro de unos pocos años, si la vida me trata bien. Parecía sensato retrasar esa tarea titánica y extraer los hallazgos y conocimientos acumulados en una narración breve, relativamente compacta, mientras el objeto de ese trabajo, ya para entonces un hombre octogenario, siguiera con vida y estuviera todavía en situación de leerla.

En contra a lo que me decía todo aquel con quien hablaba en los primeros estadios del proyecto (“No conseguirás acceder a él, y si lo haces, no cooperará”), había conocido a mi hombre a los pocos meses de acometer el proyecto, y aunque no puede decirse que desbordara entusiasmo, se mostró cordial, hospitalario y tolerante (bromas aparte). De hecho, siempre que me han preguntado si ésta es una biografía autorizada, mi respuesta ha sido invariablemente la misma: “No, no es una biografía autorizada, es una biografía tolerada”. No obstante, para sorpresa y gratitud mías, en 2006 el propio García Márquez dijo ante los medios de todo el mundo que yo era su biógrafo ‘oficial’. ¡Así que tal vez yo sea su único biógrafo oficialmente tolerado! Ya mencioné que es bien sabido que la relación entre biógrafo y biografado es siempre una relación difícil; debo decir, bromas aparte, que en mi caso fui muy afortunado. En su condición de periodista profesional y escritor que se sirve también de la vida de las personas a quienes ha conocido al urdir sus obras de ficción, García Márquez se mostró paciente, cuando menos. Después de conocerlo en La Habana en diciembre de 1990, dijo que secundaría mi propuesta con una única condición: “No me hagas hacer tu trabajo”. Nunca trató de influir en mí en ningún sentido, y siempre ha comentado, con la combinación de ética y cinismo del periodista nato: “Escribe lo que veas; yo seré lo que tú digas que soy”.



Con su esposa Mercedes Barcha. Bogotá, c. 1990.

Fotografía de Hernán Díaz.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

Gabo y Mercedes Barcha durante su llegada a México.

En su retiro en México, al lado de su familia, García Márquez encontró en 1965 la inspiración para escribir *Cien años de soledad* y el lugar donde habría de vivir la mayor parte de su vida.

Cortesía Agencia EFE.

Gabriel García Márquez y Mercedes Barcha en su casa de Cartagena de Indias, 2010.

© Archivo fotográfico de Daniel Mordzinski.



Vasco Szinetar y Gabriel García Márquez. Esta fotografía fue tomada gracias al encuentro propiciado por Tomás Eloy Martínez, en casa de Soledad Mendoza, hermana de Plinio Apuleyo Mendoza. Caracas, 1983.

© Vasco Szinetar.



Huelga decirlo, el cauce más normal es que una biografía, en especial la primera biografía completa, la escriba un compatriota del biografiado, que conoce el país de origen tan bien como él mismo y que capta hasta los matices más insignificantes al comunicarse. No es mi caso –aparte del hecho de que García Márquez sea una figura internacional, no solo una celebridad colombiana–, pero como él mismo dijo exhalando un suspiro cuando mi nombre se mencionó en una conversación, y acaso no del todo sinceramente: “Ah, bueno, supongo que todo escritor que se respeta debería tener un biógrafo inglés”. Sospecho que, a sus ojos, mi única virtud era el amor y el apego que he profesado siempre al continente que lo vio nacer.

Así como el traductor es, de una manera subordinada, inseparable para siempre de la obra traducida y del autor que la escribió, el biógrafo también –y además de manera subordinada– es inseparable de la vida de su sujeto. A veces, incluso, entra asimismo en el mundo del mito fabricado por su biografiado. A la familia García Márquez no dejaban de impresionarle mi tenacidad y buena disposición para dedicarme a investigar ciertos aspectos en los que solo “los perros rabiosos y los ingleses” (Noel Coward) tendrían la presencia de ánimo de ahondar. Por esa razón, me ha resultado imposible aniquilar el mito que el propio García Márquez ha diseminado, y en el que desde luego cree, hasta tal punto que en una ocasión –y al parecer esto es típico de mis obsesiones– pasé una noche calado hasta los huesos por la lluvia en un banco de la plaza de Aracataca, a fin de “empaparme del ambiente” del pueblo en el que, según se dice, nació el sujeto de esta biografía.

ESCENAS

La Habana 1990

La biografía del otro es inseparable de la biografía de uno. En diciembre de 1990, en La Habana, yo era un autor en busca de un personaje; o quizá, como después dirían algunos críticos, un personaje en busca de un autor. Le había dicho a mi editor que si no llegara a conocer a García Márquez y forjar una relación con él, entregaría el libro en 1994; pero que si lograra, de alguna manera, establecer contacto con el mago colombiano, la fecha de publicación resultaría, tal vez, un poco más incierta. (Resultó ser mucho más incierta...). Nunca había asistido al Festival de Cine de La Habana. Sabía que Gabo acostumbraba estar en la capital cubana durante aquella gran fiesta y pensé que si no lograba conocer al escritor me podría consolar con la experiencia del festival y con haber visto algunas películas interesantes. Durante dos semanas hablé con cineastas y



Mercedes Barcha, Gabriel García Márquez, y Vasco Szinetar.
Caracas, 2010.
© Vasco Szinetar.

entusiastas y, especialmente y sobre todo, con la directora de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, Alquimia Peña, una persona sutil y encantadora.

Una noche compartía una botella de ron en el Habana Libre con un estudiante de Zimbabue. Cuando confesé que ni siquiera había logrado descubrir dónde vivía García Márquez mi nuevo amigo Kevin me contestó en seguida, “I know where he lives”. Es que un 31 de diciembre, al finalizar su turno en un hospital de La Habana, Kevin vio como un Mercedes negro se detenía a su lado y bajaba un hombre alto, barbudo, vestido de militar, para invitarlo –imposible decirle que no– a la fiesta de fin de año organizada por su mejor amigo, un novelista colombiano ganador de algún premio literario. Al otro día seguí las instrucciones de Kevin y llegué a la casa de García Márquez, con mi pie en el umbral y resuelto a actuar como el más cínico de los periodistas de los tabloides británicos. En el momento preciso en que mi mano vacilante se dirigía a la aldaba llegó Alquimia Peña y me dijo, textualmente: “¿Tú aquí? ¿Pero qué haces, imbécil? Si llamas ahora vas a perderlo todo”. Me fui, Alquimia habló y negoció, y al día siguiente recibí un mensaje escueto dándome diez minutos.

Llegué otra vez a la misma casa, resuelto a actuar como el menos pérfido de los caballeros ingleses. Esta vez sí toqué. Caía la noche. La puerta se abrió y dos ojos me contemplaron, los ojos más profundos y tristes y sabios y comprensivos que mis ojos azules habían visto en una vida ya bastante larga. “Gerald”, me susurró. No dijo: “¿Eres Gerald?”, ni siquiera “¿Gerald?”, ni “Mucho gusto”, ni “¿Cómo estás?” “Gerald” no más. Como si me hubiera conocido desde el comienzo de mi vida o como si hubiera sabido desde el comienzo de su vida que algún día algún Gerald, cualquier Gerald, este mismo Gerald, llegaría a su puerta.

Habría querido ser mujer para escuchar esa voz –lenta, cálida, lacónica, íntima, tropical– pero no importaba. Todo estaba decidido.

“Ven”, me dijo la persona detrás de esos ojos. “Ven”.

Fui.

París y México, D. F. 1993

Conocí a Tachia Quintana, la examante española de García Márquez en París, en marzo de 1993. Paseamos por las mismas calles de la ciudad que Gabo y ella, tan importante en algunas novelas y cuentos suyos (*El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera*, “El rastro de tu sangre en la nieve”), habían recorrido a mediados de los años cincuenta. ¿Qué diría Gabo?

Seis meses después, en la casa de García Márquez en Ciudad de México, me armé de valor y le pregunté: “¿Y de Tachia qué?” En ese momento eran muy pocos los que sabían de ella, y menos aún quienes conocían la historia entre ambos, aun a grandes rasgos; supongo que había esperado que se me pasara por alto. Respiró hondo, igual que alguien que ve abrirse lentamente un ataúd, y dijo: “Bueno, eso paso”. Le pregunté: “¿Podemos hablar del tema?”. “No”, me contestó. Fue en aquella ocasión cuando me dijo por primera vez, con la expresión del director de una funeraria que con determinación cierra de nuevo la tapa del ataúd, que “todo el mundo tiene tres vidas: la pública, la privada y la secreta”. Como es lógico, la vida pública estaba a la vista de todo el mundo, yo simplemente tenía que hacer mi trabajo; de vez en cuando me daría acceso y me permitiría comprender mejor

la vida privada, y evidentemente se esperaba que dedujera el resto; en cuanto a la vida secreta, “No, jamás”. Si en algún lugar estaba, me dio a entender, era en sus libros. Podía empezar por ellos. “Y de todos modos, no te preocupes. Yo seré lo que tú digas que soy”. [Martin, 2009, págs. 240-241]

Pittsburgh, Washington, La Habana, México, D. F. 1995-1999

En 1995, cinco años después de embarcarme en la biografía de Gabriel García Márquez, me enfermé en Pittsburgh, donde ya trabajaba en la universidad. Después de la quimioterapia, en 1996, fui con mi esposa a pasar el verano en el sur de Francia, en una casa, La Rambeaudie, donde, durante los siguientes diez años, tendría mis mejores momentos de composición de la biografía. Desde que me enfermé no había contactado a Gabo (en parte porque imaginaba que la muerte seguía aterrando al niño de Aracataca que él lleva dentro y no quería que me asociara con aquel miedo primitivo; además, un inglés no se queja). Pero un día recibí una llamada de Carmen Balcells, su agente literaria –su “supermán”–, anunciándome que me había pillado en la campaña francesa porque Gabriel García Márquez quería hablar conmigo. En seguida escuché esa voz cálida y lacónica: “¿Cómo estás? Por el número de teléfono, calculo que estás cerca de Angoulême...”. Me dijo que quería enviarme su nuevo libro, *Noticia de un secuestro*. Llegó a los dos días, dedicado: “A Gerald Martin, el loco que me persigue”.

En los años siguientes nos fuimos acercando. En diciembre de 1996 y enero de 1997 estuvimos en La Habana, adonde fui a hablar con Fidel Castro, y en México. Gabo me dijo entonces que, para él, entre todos los políticos colombianos sobresalía un tal Juan Manuel Santos y que algún día sería presidente y uno muy bueno. “Imposible”, dije, “¿otro Santos en la Presidencia? No va a pasar”. No le gustó mi reacción. No obstante, en septiembre de 1997 estuve con él en Washington, cuando la Universidad de Georgetown celebró sus cincuenta años de escritor gracias a los buenos oficios de César Gaviria. Y en noviembre de 1998 tuve la experiencia de presentarle a Gabo al público de Guadalajara, cuando leyó –por primera vez– en el paraninfo de la universidad, las primeras páginas, totalmente inolvidables, de sus memorias, *Vivir para contarla*.

Llegamos a 1999. En septiembre, durante mi semestre en Pittsburgh, recibí otra llamada inesperada de Gabo. “Ahora somos colegas”, dijo. Él también se había enfermado. De linfoma. Quedamos en verno cuando su situación se aclarara. Mientras tanto, seguí con mis propios chequeos. A pesar de haber estado, aparentemente, en remisión, un examen ultrasónico reveló una posible recurrencia. La oncóloga me dijo que la única posibilidad era someterme a otros seis meses de quimioterapia. Le dije que no. Quedamos en discutirlo cuando volviera a Pittsburgh. Al día siguiente viajé a México a ver a Gabo, embarcado en algo similar entre México y Los Ángeles, donde vivía su hijo Rodrigo y donde los oncólogos son, también, muy renombrados. Lo que más me impresionó fue la valentía con la que Gabo –delgado y casi sin pelo– enfrentaba su situación. Es verdad que Mercedes lo mimaba –recuerdo que exigía helado al final de cada comida y se quejaba ruidosamente cuando no había–, pero no encontré al Gabo miedoso que aquel niño asustado de Aracataca había proyectado en tantas entrevistas desde *Cien años de soledad*.

No pude mencionar mi situación. Al contrario, los tres celebramos mi salud y hubo un intercambio alegre de síntomas y remedios en que el biógrafo ya



Muestra de la exposición *Gabo del alma*, inaugurada en el Instituto Cervantes de Tokio, 4 de octubre de 2008.

Cortesía Agencia EFE/Carolina Escudero.

Exposición en el metro de Moscú el 25 de abril de 2012 para conmemorar el 85º aniversario del escritor de *Cien años de soledad*.

Cortesía Agencia EFE / SERGEI

ILNITSKY / EFE / NEWSCOM / EFEVISUALRUSIA.



El 6 de marzo de 2007 fue difundida en *La Jornada* de México la fotografía tomada por Rodrigo Moya, en 1976, a solicitud de Gabriel García Márquez, en la que este aparece con el ojo morado a causa de la agresión que sufrió por parte de Mario Vargas Llosa y que puso fin a la amistad entre los dos escritores.

Cortesía Agencia EFE/Mario Guzmán.



Gerald Martin, biógrafo de Gabriel García Márquez, con el libro *Gabriel García Márquez. Una vida*, publicado en 2009 después de casi dos décadas de trabajo.

Cortesía Agencia EFE/Mario Guzmán.



curado dio consejos al biografiado aún doliente, pero cuya situación se daba por excepcionalmente prometedora. Yo conocía bien México. Allí leí *Cien años de soledad*, en 1968, meses después de su publicación. Lo leí poco después de leer la novela de mi compatriota Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, cuyo escenario es Cuernavaca, donde Gabo y Mercedes tendrían una casa. Por la ventana de mi hotel veía, hacia el sur, el volcán Ajusco, el punto más alto del Distrito Federal. Y casi al lado del hotel (se llamaba El Paraíso) estaba el sitio arqueológico de Cuicuilco. No me di cuenta al hacer la reservación.

Pese a haber vivido en la ciudad y haberla visitado más de veinte veces, y a pesar de haber estudiado las culturas prehispánicas de Mesoamérica, nunca había visitado Cuicuilco, “el lugar donde se hacen cantos y danzas”, devastado hace dos mil años por una erupción volcánica, cuyo derrame de lava creó el Pedregal de San Ángel. Tenía un interés especial en su Gran Pirámide, como después explicaré. Caminé a diario por las ruinas del lugar, dedicadas a Huehuetéotl, el dios viejo del fuego, y a Xiuhtecuhtli, el dios del año, de la dualidad, de los volcanes y del fuego que renace. Y después caminaba a la calle del Fuego, en Pedregal, donde vivían Gabo y Mercedes y donde tuvimos, él y yo, durante aquella visita, las conversaciones más íntimas de toda nuestra curiosa relación. Caminando me preguntaba, de nuevo, naturalmente, si ésta sería mi última visita a México, si volvería a visitar a aquel hombre tan importante en mi vida, si yo, si Gabo... Pero a pesar de que el Ajusco es un volcán extinto y de que Cuicuilco es la morada de los muertos sacrificados, ambos sobrevivimos. Gabo terminó su autobiografía tres años después y yo, tras un tratamiento experimental de tres semanas, logré acabar mi libro. Pues nunca se sabe. Sobrevivimos para contarla.

México, D. F. 2002

En noviembre de 2002, veinte años después del Nobel de Gabriel García Márquez y tres semanas después de la publicación de su memoria *Vivir para contarla*, fui a visitarlo a su casa en la Ciudad de México. Gabo parecía muy contento de verme y tuvimos una conversación amena y tranquila. Le felicité por el nuevo –y tan importante– libro y, también, por su recepción. Realmente había ido para verlo sin pedirle nada e incluso sin hacerle preguntas específicas. Yo pensaba que lo conocía muy bien y que mi investigación, en cuanto tal, estaba casi terminada. Todo iba sobre ruedas, entonces, hasta el momento en que se me ocurrió preguntarle –un poco perezosamente, sin ningún motivo especial– sobre un posible segundo tomo de las memorias. Él había dicho varias veces que pensaba producir un mínimo de cinco o seis tomos, entre ellos uno dedicado a –y quizá titulado– “Mis amigos presidentes”. Ambos éramos conscientes, sin mencionarlo, de que ahora tenía 75 años y que escribir cinco tomos más cuando el primero le había costado muchos años de trabajo era, por decir lo menos, problemático. Yo, hablando en términos pragmáticos, sugerí que el segundo tomo podría abarcar todo el resto de su vida e incluso podría incluir sus relaciones políticas con los diferentes líderes y presidentes –y reyes– que él había conocido. Era una sugerencia práctica y casi banal.

Noté en seguida que Gabo se estaba irritando. Yo lo había irritado en varias ocasiones anteriores, como por ejemplo la primera vez que nos encontramos, cuando discutimos mis reservas con respecto a *El otoño del patriarca* y, sobre todo, cuando discrepé con sus opiniones o decisiones políticas. Pero en esas situaciones mi intuición me había avisado del peligro y siempre pude decidir si procedía o si tomaba acción evasiva. Esta vez no había anticipado el problema.

Finalmente me espetó: “Veó que se nos está abriendo una brecha: yo te estoy hablando de mi vocación y tú me estás hablando de la ambición”. Y empecé a comprender. En varias ocasiones anteriores yo había insinuado que, dado su éxito, dada la necesidad de ganar dinero y dadas las exigencias de sus donaciones políticas y filantrópicas, era necesario reconocer el aspecto mundano del quehacer literario en el mundo moderno. Gabo siempre rechazó semejantes insinuaciones y enfatizó que cada libro tomaba su tiempo y él siempre respetaba ese tiempo de incubación y nunca trató de acelerar el proceso de composición. Y era verdad. Había concebido *Cien años de soledad*, el libro de su infancia, en 1946 o 1947 y solo logró terminarlo y publicarlo en 1967. Después, bajo la expectativa de todo el mundo hispanohablante, dedicó ocho años a la composición de *El otoño del patriarca* (1975) y pasaron seis más antes de que publicara ese volumen delgado titulado *Crónica de una muerte anunciada*.

“Sí”, había dicho yo varias veces, “pero esa lentitud, esa paciencia, ¿no es, también, una forma de ambición, un narcisismo innato en todo creador?” Y lo insinué, una vez más, en esta conversación –en este diálogo cada vez más difícil. Gabo explotó de nuevo y me dijo que la brecha ya no se estaba abriendo: la brecha ya existía y era insalvable. “No has entendido nada”, me dijo. “Tú me estás hablando de mi oficio cuando yo estoy hablando de mi destino”. Fue como un rayo. Me iluminó y me abrasó. Me di cuenta de que Gabo acababa de dedicar varios años a narrar el nacimiento de su vocación de escribir –arrolladora, abrumadora, inapelable– y yo, el crítico, el biógrafo, menos apasionado, menos comprometido, a pesar de mis años dialogando con él, la estaba tratando como si fuera un tema entre otros: hipotético, impreciso, discutible.

Y sin embargo él lo había dicho siempre. Que cada vez que un novelista se sienta a escribir, por mediocre que sea en realidad, debe tratar de superar a Cervantes; y que aun si el novelista fuera un militante socialista, su deber revolucionario sería, en última instancia, escribir bien. Para Gabo, a pesar de la fama, a pesar del dinero, a pesar de su incomparable popularidad y dominio de las relaciones públicas, a pesar de su credo socialista y humanitario, escribir bien era el comienzo y el fin de su “ambición”, de su “destino”. Era el impulso que iniciaba y organizaba todos los demás. Y su última grandeza está en que logra comunicar los valores y los placeres estéticos no solamente a los expertos, sino a sus lectores comunes y corrientes: sin esa percepción, sin ese gozo, que él hace accesible a todos, no pueden comprender sus libros. No por otra razón ganó el Premio Nobel en 1982 y mereció ser comparado, por la posteridad, con Cervantes. No hay que celebrarlo por el hecho histórico del premio y otros honores pasajeros, sino por la hazaña artística que representa su obra y la brillantez irreplicable de su genio.

Cartagena 2007

Llegué a Cartagena a fines de febrero. Gabo iba a cumplir 80 años el 6 de marzo y se habían organizado siete semanas de eventos y fiestas garciamarquianas desde el Festival de Cine de Cartagena hasta la Feria del Libro de Bogotá; entre esos eventos y sus fechas se celebrarían –en Cartagena misma– la reunión anual de la Sociedad Interamericana de Prensa, con Bill Gates como invitado de honor (y Gabo como invitado especial), y, una semana después, el plato fuerte de todo ese banquete alucinante, el IV Congreso Internacional de la Lengua Española organizada por la Real Academia Española y el Ministerio de Cultura de Colombia. El primer evento del primer día del Congreso de la Lengua sería el solemne homenaje brindado a Gabo por la Real Academia y la presentación



Con Álvaro Mutis,
22 de julio de 2004.
Cortesía Agencia EFE /
Jorge Núñez/EFE/Newscom
/EFEVISUAL.

Carlos Fuentes con
García Márquez durante
los actos de homenaje por
su 80º aniversario, en la
Universidad Autónoma
de México. Ciudad de
México, 18 de noviembre
de 2008.
Cortesía Agencia EFE/Mario
Guzmán.

García Márquez y Fernando Birri durante
la fiesta celebrada en la Fundación del
Nuevo Cine Latinoamericano de La
Habana en su décimo octavo aniversario,
4 de diciembre de 2003.

Cortesía Agencia EFE/Alejandro Ernesto.

Con el rey Juan Carlos en el IV Congreso
Internacional de la Lengua Española.
Cartagena, marzo de 2007.

Cortesía Agencia EFE/César Carrión/PRESIDENCIA
COLOMBIA.

Encuentro de Gabo y Fidel en La Habana,
12 de marzo de 2007.

Cortesía Agencia EFE/El Tiempo.





Con su esposa Mercedes Barcha a su llegada a Aracataca el 30 de mayo de 2007, luego de una ausencia de veinticuatro años. La visita de García Márquez a su natal Aracataca, en el “Tren amarillo” marca el inicio del proyecto turístico la Ruta de Macondo.

Cortesía Agencia EFE/Ricardo Maldonado.



de la nueva versión de *Cien años de soledad*, con una tirada de un millón de ejemplares, solo tres años después de la publicación por la Academia de la nueva edición del *Quijote* cuatrocientos años después de la primera. El mensaje, entre líneas, era claro: Gabriel García Márquez era el nuevo Cervantes.

Aunque se decía que todo eso se había planificado para honrar a Gabo yo sentí, íntimamente, que todo estaba organizado para mí. Habían pasado más de quince años desde el momento en que conocí a Gabriel García Márquez y el libro, prometido al desdichado editor londinense para 1994, se iba alargando y alargando y al alargarse se me iba escapando, de tal manera que –muy adentro– iba perdiendo la convicción de que algún día la podría realmente terminar. Y entonces me di cuenta de la verdad: las biografías no se terminan; en un momento dado se entrega lo que se tiene y ya. Así que la publicación de la biografía es el reconocimiento de la derrota. Pero esa sabiduría, como todas las sabidurías, llega tarde.

Cierta tensión rodeaba los eventos de fines de marzo. Gabo no había llegado al Festival de Cine, a pesar de la asistencia de varios directores notables que habían llevado novelas y cuentos suyos a la pantalla. “No me invitaron”, fue el pretexto (muy de Gabo). Celebró su cumpleaños en otra parte. En toda Cartagena se veían carteles con la leyenda “Congreso de la Lengua” acompañada de una fotografía del premio nobel sacando la propia lengua, imagen que parecía tener un mensaje subliminal para la Academia y para todos nosotros. Pero llegó a tiempo para asistir al último día de la SIP y la tensión se iba disminuyendo. Para mí todo fue como una película en la cual participé (con un papel infinitamente pequeño) y de la cual también fui a la vez espectador (testigo, reportero –biógrafo, a final de cuentas). Los periódicos, la televisión, la Internet, todo estaba lleno de García Márquez (como en 1982, con el Nobel; como en 1997, con sus setenta años; solo que mucho más). Todos sus amigos y socios recordaban y hablaban y escribían sus reminiscencias: eran personajes de papel y celuloide y después yo los vi en plan de personas de verdad caminando por las calles de Cartagena, comiendo en los restaurantes, bebiendo y gritando en los bares.

Llega el día. 26 de marzo de 2007. Cartagena arde. Miles de personas en el Centro de Convenciones. Llega García Márquez, con Mercedes, y el auditorio, electrizado, les da la bienvenida en una verdadera explosión de pasión colombiana (solidaridad, orgullo, ansiedad –no todos los finales son felices en Colombia– y, sobre todo, abrumador, un sentimiento mezclado de amor y gratitud). Están



los amigos de Gabo, sobre todo Carlos Fuentes y Tomás Eloy Martínez (ambos ya entrevistados por mí); están varios expresidentes de Colombia (también con ellos he hablado, no sé si hablan entre ellos); está, en resumidas cuentas, gran parte del elenco del drama que yo estoy escribiendo basado en la vida que otra persona ha estado encarnando (y contando) y que ha motivado la película que aquí mismo estoy viendo y viviendo. Realmente es demasiado, no puedo asimilar lo que está pasando.

Estoy sentado con la familia de Gabo (¿dónde mejor?). En el podio todos están listos. Los reyes de España aparecen en la enorme pantalla detrás del podio avanzando en *closeup* –película dentro de la película– hacia el auditorio, donde la emoción y la excitación suben incontrolablemente. Empieza la ceremonia. Habla el rey de España, rey de los Borbones que perdieron América Latina pero ahora la están recuperando (dicen algunos). Hablan Betancur, Uribe, Martínez y Fuentes. La ceremonia se interrumpe. “Señoras y señores, ha llegado el expresidente de los Estados Unidos, Bill Clinton”. El delirio. Entra Clinton aplastado y acariciado por los aplausos. Pensé: ha venido el rey de las Españas; ha venido un potentado del nuevo imperio. Solo faltan el rey pirata, Fidel, y el papa (después de todo, un papa asistió a los funerales de la Mamá Grande –por qué no asistiría a la apoteosis de García Márquez).

Habla Gabo. Orando silenciosamente, todos suplican que salga inmune de esta lid tardía. (Es como si el mismo Cervantes recibiera, en vida, los honores que solo le llegaron, poco a poco, en siglos posteriores que él no vería). Su discurso es un tributo a Mercedes, allí para cuidarlo. Gabo recuerda los tiempos de pobreza, la larga espera, la famosa visita a la oficina de correos para despachar el manuscrito de *Cien años de soledad* sin el dinero necesario para enviarlo todo. Después, en el Museo Naval, Bill Clinton, hablando en inglés, dio el mejor elogio imaginable a un gran escritor. “Me enseñaste a vivir”, le dijo. Yo pensé, “Ay, Gabo, a mí también me enseñaste a vivir pero la biografía no me ha dado tiempo para hacerlo”. Lo que le dije fue otra cosa:

Pudimos mantener una brevísima conversación antes de mi partida de Cartagena.

Era el fin de muchas cosas.

–Gabo, qué homenaje tan maravilloso –le dije.

–¿Verdad? –dijo él.

–Vi a mucha gente a mi alrededor que no podía contener las lágrimas.

–Yo también estaba llorando –repuso–, solo que por dentro.

–En fin –alcancé a decir–, nunca olvidaré este día.

–Pues qué bueno que hayas estado –me dijo–, para que puedas contarle a la gente que no fue mentira. [Martin, 2009, págs. 625-626]

Pensé: “Gracias por este regalo, Gabo. Gracias por todos los regalos que me has brindado”. Recordé la última página del Quijote: “Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno”.

Guadalajara 2008

Narra Juan Cruz, el gran periodista de *El País* de España, el “terremoto sentimental” provocado por el reencuentro de biógrafo y biografiado en Guadalajara (México), en la Casa Julio Cortázar de la universidad, después de la publicación de la biografía (Cruz, 2008).

“¿Cómo estás?”, le preguntó García Márquez a este inglés de Londres a quien le temblaban las piernas.

Una relación de 18 años que comenzó con un ‘no’ y acabó en una biografía. (Martin: “Dicen que Gabo lo controla todo, pero a mí me dejó siempre libre”).

“¿Cómo estás?” No es cualquier pregunta. [...] “Te agradezco”, dijo [García Márquez] a Martin, “que llegaras hasta aquí. Y no habrá whisky suficiente para celebrarlo”. ¿Gratitud? Martin no sabe si ése era el sentido del brindis, pero lo cierto es que es la consecuencia de una relación rara, que comenzó siendo un no y terminó siendo una biografía. El primer “no” se lo dijo García Márquez cuando el investigador le confesó que no le gustaba *El otoño del patriarca*. “Pues si no te gusta *El otoño del patriarca* tampoco te voy a gustar yo. Porque ése es mi autorretrato”. Glups. Tenía a Gabo a mano; un camarero cubano le había llevado hasta su casa, irrumpió en ella y estuvo horas tomando tragos con el Nobel, y cuando llega el punto culminante *El otoño del patriarca* lo fulmina. “Pero a mi mujer le entusiasma”, acertó a decir Martin.

Debió haber entre ellos una química especial, acaso la que se notó en la atmósfera de la Casa Cortázar

cuando García Márquez le prometió inundar de whisky el encuentro. Y esa declaración de amor familiar a *El otoño del patriarca* abrió el camino; la enfermedad, y otras vicisitudes irrumpieron en el proyecto, pero siempre estuvo latente la pasión de Martin por concluir su aventura. [...] Gabo abrazó a Martin, le hizo aquella pregunta sobre la salud que a ambos conmueve, y por los mismos motivos, y después de inundarle con la palabra whisky, pero todavía no con el trago, le dijo:

“Gracias por hacerme famoso. Porque lo que siempre he querido es ser famoso”.

Rieron los dos. Para Gerald ese encuentro “ha sido el más importante de mi vida, después de aquél del 21 de diciembre de 1990”. Y cuando lea la biografía, ¿cerrará los ojos ante algún capítulo? Martin sabe que a nadie le gusta su biografía, todo el mundo querría cambiarla. “Yo lo he hecho con honestidad, con buena fe, y Gabo lo sabe. Él me ha dejado hacer. Sé que existe la creencia, fundada, de que Gabo quiere controlarlo todo, obsesivamente. Pero a mí me dejó siempre libre”.

Dicen que a Gabo le están leyendo (del inglés) algunos pasajes complicados, y que él dice: “Bah, eso no es nada”. [...] Lo que queda en la atmósfera es este encuentro algo cabalístico que hubo entre Gerald y Gabriel, que ahora ya pueden emborracharse tranquilamente sin correr el riesgo de que la confesión de la borrachera sea



En Biarritz (Francia), 1995.

© Archivo fotográfico de Daniel Mordzinski.

algo distinto a la juega de dos amigos, el diálogo complejo entre alguien que quiere saber y otro que quiere olvidar. [Cruz, 2008]

EPÍLOGO

Antes de embarcarme en esta biografía yo no era supersticioso. No consultaba horóscopos ni pensaba jamás en las casualidades numerológicas. Pero me pasaron dos o tres cosas. Primero, descubrí que casi todos mis interlocutores latinoamericanos me hablaban del Zodiaco, o citaban a Nostradamus y aun si no creían realmente en esas cosas jugaban con ellas como una forma de tener, de manera aparente, diversas posibilidades en el futuro o incluso como vidas alternativas imaginarias: novelas, podríamos decir. Y yo mismo, un poco como el personaje de la *novella* de Henry James, me encontraba buscando “la figura de la alfombra”, algún tema subyacente en la vida y obra de García Márquez y así, por ende, de mi propio libro. Es el famoso “life-myth” que buscan ciertos biógrafos. Por eso, en un momento, inventé el título *Mago* (y sigo estando seguro de que habría vendido más ejemplares de haberlo ratificado). Pero me di cuenta que semejante reduccionismo era indigno de la sutileza y complejidad de la vida de cualquier ser humano y totalmente inapropiado para uno de los más grandes novelistas de la historia. Aun así me doy cuenta de que no me he protegido por completo de la llamada *apofenia*, “la experiencia consistente en ver patrones, conexiones o ambos en sucesos aleatorios o datos sin sentido”. Es la enfermedad, indudablemente, de los biógrafos.

Es que todo había empezado cuando visité la Gran Pirámide de Guiza en el verano de 1990 (recuérdense las metáforas de Boswell en cuanto a pirámides, momias y embalsamamientos). Estuve en el gran santuario interior, la Cámara del rey, donde Napoleón, supuestamente, comprendió, simultáneamente, el significado de la vida y el secreto del poder. Yo también sentí unas vibraciones internas fuertes y misteriosas. Después, en el bus de turistas, un fotógrafo compatriota me prestó un libro titulado *Secretos de la Gran Pirámide: su guía personal*. Adentro leí que si uno entra a la Gran Pirámide a la edad de 46 años –no hace falta decir cuántos años tenía yo; casi me caí de la sorpresa– su vida se transformará y se embarcará en una nueva fase de crecimiento y entendimiento que durará hasta los 62 años. Días después, volví a Londres y me llegó una invitación a escribir la biografía de Gabriel García Márquez, algo que nunca se me habría ocurrido (por modestia, naturalmente, no por falta de interés).

Meses después estoy en una fiesta nocturna en Cartagena (Colombia). Calor tropical, ron *glacé*, música salsa. Pura vida. La esposa de García Márquez, Mercedes Barcha, me dice: “A lo mejor no sabías que mi papá era medio egipcio...” “No”, respondí, engullendo otro trago enorme de ron con hielo. “No, no lo sabía”. “A propósito”, me dijo. “¿Cuál es tu signo?” “Piscis”, le dije, con esa cosquillita interior que sentimos en los momentos más trascendentales. “Ya lo sabía”, me dijo. “Se te veía en la cara. Gabo es piscis también, te das cuenta?” “Sí”, le dije. “Y tenemos las mismas iniciales”.

BIBLIOGRAFÍA

- Cruz, Juan, “Terremoto sentimental: García Márquez se encuentra con su biógrafo y buscan whisky para festejarlo”, *El País*, Madrid, 1º de diciembre de 2008.
- Martin, Gerald, *Gabriel García Márquez. Una vida* (trad. de Eugenia Vázquez Nacarino), Barcelona, Debate, 2009.